

ACERCA DE MITRE. ENTRE LA NACIÓN Y LA HISTORIA, DE EDUARDO MÍGUEZ

ON MITRE. ENTRE LA NACIÓN Y LA HISTORIA,
BY EDUARDO MÍGUEZ

NATALIO BOTANA ·

Profesor Emérito de la Universidad Torcuato Di Tella
(Argentina)

Eduardo Míguez nos ha regalado una biografía de primer orden de uno de los protagonistas más atractivos y complejos de una historia larga, como fue la vida de Bartolomé Mitre, que comienza muy temprano, en tiempos de las guerras que siguieron a la Independencia de las provincias del Río de la Plata, y concluye en la primera década del siglo xx. Una trayectoria que fue a la vez historia vivida e historia escrita desde sus orígenes y desenvolvimientos por un historiador de oficio (lo que él siempre pretendió). Como escribió Trevor Roper de Macaulay, a personajes de este tipo calzaba el concepto

de que «los mejores políticos son aquellos que han estudiado historia y los mejores historiadores aquellos que han tomado parte en la política».

La biografía gira en torno a la construcción de una nación sobre la base de un «republicanismo liberal». Tal cual expone Míguez en el capítulo 2, este proyecto se traduce en un «programa de acción política que debe comprenderse en el marco intelectual de su tiempo». Por tanto, el pensamiento de Mitre es para Míguez, «un instrumento para analizar su actuación política». Al respecto, las influencias de Mazzini, Mignet y, desde luego,

Registro bibliográfico

BOTANA, NATALIO «Acerca de Mitre. Entre la nación y la historia, de Eduardo Míguez», en: ESTUDIOS SOCIALES, revista universitaria semestral, año XXIX, n° 56, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, enero-junio, 2019, pp. 231-234.

Descriptores · Describers

Bartolomé Mitre / biografía / Eduardo Míguez / libertad / republicanismo
Bartolomé Mitre / biography / Eduardo Míguez / liberty / republicanism

Recibido: 28 / 09 / 2018 **Aceptado:** 03 / 12 / 2018

Tocqueville se destacan mediante un excelente trabajo de orfebrería aplicado al campo de la historia intelectual.

De estas primeras aproximaciones a la interacción entre pensamiento y acción podrían al menos deducirse dos hipótesis. Primero, que la historia y el mismo Mitre tienen un destino inevitablemente republicano. Segundo, que «los mismos principios que cierran las revoluciones son los principios que conservan las sociedades. En otras palabras, siguiendo a Guizot, las revoluciones se consuman por la conciliación de los contrarios.

A vuelo de pájaro, estas dos hipótesis representarían un papel equivalente en el curso de esta cautivante narración. Sin embargo, Míguez nos dice que Mitre no sobresale como «un pensador original creativo» al modo en que lo fueron Alberdi y Sarmiento. Vale decir –si mi lectura es fiel– que estaríamos frente a un sujeto en el cual las ideas están subordinadas a la acción política y, por ende, frente a un pensador más prescriptivo que analítico. Me pregunto si esto es así.

En el capítulo 9, que cubre el último tramo de la vida de Mitre, Míguez no coincide con la imagen de un hombre que «propiciaba la búsqueda de acuerdos de dirigencias para lograr candidatos únicos, en una suerte de republicanismo conservador». Según Míguez, el argumento «va a contramano de su infatigable prédica por la limpieza electoral y la participación

popular. También va a contramano del papel que asignó al pueblo en *Belgrano*, como custodio del buen camino de la revolución ante los desvíos ocasionales de los líderes. Y contradice su adhesión al liberalismo radical romántico que entona la participación popular» (p. 408). No obstante, Míguez reconoce de inmediato que, con los años, este temperamento se fue haciendo más conservador con una inclinación hacia el acuerdismo que ya se había manifestado desde el momento de su candidatura presidencial en 1862.

En rigor, se trata de una vida política sembrada de pactos y acuerdos. Es cierto que el levantamiento en armas de 1874, impugnando la elección presidencial de Nicolás Avellaneda para suceder a Sarmiento, es una excepción en esta secuencia. Aún así, la suma de acuerdos en que Mitre interviene no deja de ser significativa: acuerdos tácitos con Urquiza después de Pavón; conciliación en la presidencia de Avellaneda; pacto de paz después de la guerra de 1880; acuerdos con Roca en la década de 1890. Una serie que impresiona y que despierta un interrogante: ¿es esta la manera de encarar el juego político una concesión pragmática a la evidente contradicción entre teoría y práctica ínsita en aquella experiencia republicana, como parece desprenderse del argumento de Míguez, o acaso esta actitud podría resultar, más bien, de una fusión entre pensamiento y acción?

En el Epílogo metodológico, Míguez señala que ha dejado la historiografía de Mitre fuera de su biografía. Habría que preguntarse, empero, si esa producción historiográfica podría servir también de fuente documental para entender esa trayectoria. Tal vez, en la figura de Mitre, el historiador y el hombre político sean una misma cosa. Ambos, en efecto, descansan sobre el principio de la conciliación de los contrarios en el contexto del determinismo republicano. Me explico. En la concepción de Mitre, la historia en el Plata representa una marcha inevitable hacia la plena realización de la república democrática. Esta historia es lineal y dialéctica; la marcan contradicciones que son resueltas positivamente porque se inscriben en una finalidad. En consecuencia, por ser republicana, la historia es la gran hacedora de una legitimidad intrínseca a su desenvolvimiento. Ilustraré brevemente esta idea de la historia con dos ejemplos extraídos de la *Historia de Belgrano...* y de la *Historia de San Martín...*

En la *Historia de Belgrano* el determinismo republicano arranca en el mundo colonial y gana fuerza al momento de la Independencia. Esta «democracia genial» (instintiva) es tan potente que arrasa con los proyectos monárquicos y aristocráticos del Congreso de Tucumán, a los cuales Belgrano, el héroe de su biografía, adhiere plenamente. La derrota de esa intencionalidad, plasmada en la Constitución frus-

trada de 1819, la ejecutan agentes situados fuera de aquella élite de letrados y guerreros ilustrados. Los caudillos del litoral –Artigas, Ramírez, López– se ponen pues en movimiento, transforman la revolución política de la primera década en una revolución o «guerra social» y hacen las veces de una contraparte que, al cabo de un conflicto abierto, debe reconciliarse en una fórmula política superadora. El caudillismo es por tanto un agente necesario, aunque incompleto: tiene capacidad de negación y no de afirmación. Esta última llegará a la postre mediante un nuevo pacto, con sede en la provincia de Buenos Aires, que dará curso a una república representativa con sufragio universal masculino. Este arreglo será el antecedente indispensable de un pacto nacional en el que el mismo Mitre tendrá, como sabemos, un papel central. Ida y vuelta en una misma línea con destino predeterminado.

Un camino análogo, en el espacio dilatado del continente sudamericano, se advierte en la *Historia de San Martín*, en particular en el tramo final en que convergen los itinerarios de los libertadores, San Martín y Bolívar. En una primera lectura, ambos fracasan, porque el ímpetu republicano de la historia que habían desatado echa por tierra los proyectos monárquicos del primero y las instituciones monocráticas e imperiales, condensadas en la presidencia perpetua, del segundo. La paradoja salta a la vista: la historia re-

publicana impone los fines de la acción de los libertadores, aun en su fracaso. Éste, del mismo modo que la guerra social, es el resorte que dará origen, en el continente americano, a un concierto de repúblicas independientes. De tal suerte, «toda la América –como escribió Mitre en el párrafo que cierra el capítulo introductorio a la *Historia de San Martín*– será republicana. En su molde se habrá vaciado la estatua de la república democrática, última forma racional y última palabra de la lógica humana, que responde a la realidad y al ideal del gobierno libre». Una marcha triunfal, ineluctable, a la que concurren tanto los éxitos como los fracasos.

Quizás estas referencias, que he tratado

abundantemente en otras oportunidades, nos brinden una visión aproximada de las relaciones que se entablaban, en la mirada de Mitre, entre la historia y la libertad de sus agentes. En su caso, supongo, las negociaciones, pactos y acuerdos que jalónaron su acción tenían que abreviar necesariamente en esa confianza tan sólida como tenaz en un porvenir compartido: la historia y el futuro que Mitre, a la vez escriba y hacedor, está prefigurando. La espléndida biografía de Eduardo Míguez, su extraordinario esfuerzo con los mejores instrumentos del oficio, es una magnífica oportunidad para repensar esos lazos visibles e invisibles entre la historia como pensamiento y la política como acción.